



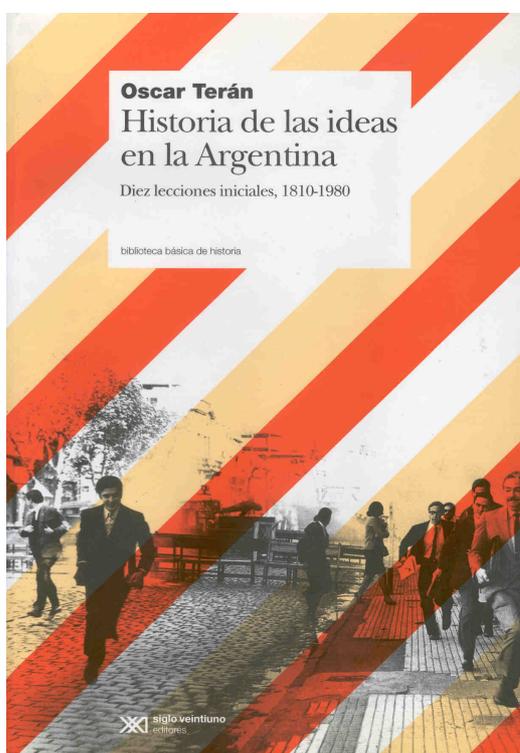
Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 3, N° 5- Rosario- Argentina, Octubre de 2010

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 17-20

TERÁN, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2008, 320 págs., ISBN 978-987-629-060-9.

Lucio Piccoli
Universidad Nacional de Rosario¹



Si hay una impronta visible en la última obra de Oscar Terán, es la que ha dejado en ella el gesto pedagógico: ya en la dedicatoria se lee “A los estudiantes de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires”. La enseñanza universitaria no sólo entonces como experiencia fundamental de las presentes ‘lecciones’, sino también como espíritu primordial de un texto maestro de divulgación científica. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, publicada por Siglo Veintiuno casi inmediatamente luego del fallecimiento de su autor a principios de 2008, es la constatación diligente de que el saber universitario puede superar el confinamiento sufrido por gran parte de los espacios académicos. La circulación y el consumo masivo de muchas obras que tratan el pasado histórico y la vida política de los argentinos, ha suscitado, sin lugar a dudas, ciertos resquemores en los ámbitos profesionales de la producción de ese tipo de conocimiento, propulsando a los intelectuales a asumir un rol más activo en la difusión de sus obras. *Historia de las Ideas...* se concibe entonces como la posibilidad de tornarse asequible a un público no especializado, como una forma distinta de intervenir el pasado y la realidad social, como una vía que ilustra las tensiones en las cuales se dirime el discurso profesional de filósofos e historiadores: las pretensiones de verdad y autenticidad de un saber que se quiere científico pero que a su vez se encuentra entrañablemente ligado a los principios éticos y políticos propios de un ciudadano comprometido.

¹ Recibido: 6/7/2010
Aceptado: 29/8/2010

La lección', unidad de sentido ágil y relativamente breve, es el factor que estructura el contenido del libro y posibilita articular, en torno al protagonismo de distintos personajes característicos, los principales problemas de cada momento histórico dentro del período 1810-1980. Un sinnúmero de marcas de oralidad confieren al cuerpo del texto un estilo coloquial e informal que torna la lectura en una experiencia afable y hasta, por momentos, íntima. Esta sencillez formal, sin embargo, no es sinónimo alguno de un desarrollo conceptual tibio o inconsistente. Por el contrario, Oscar Terán establece, con lucidez y precisión, un delicado equilibrio y juego de tensiones entre los conceptos y las categorías de análisis, profundizando sus definiciones, deteniéndose antes de trascender las fronteras que separan un texto de divulgación de uno científico.

Así, en la primera lección, "La Ilustración en el Río de la Plata", con el propósito de desarrollar las configuraciones político-intelectuales que habían cobrado vigencia en el virreinato antes de 1810, se apela a cuestiones que exceden ampliamente los marcos temporo-espaciales de la jurisdicción colonial: las reformas borbónicas, la nueva noción de temporalidad moderna, el despotismo ilustrado, las teorías de la fisiocracia, etc.

La segunda y tercera lección inauguran la tendencia, como ya se dijo, de analizar los problemas filosóficos e históricos determinados a partir de la vida y obra de un protagonista central. Los capítulos "Mariano Moreno: pensar la Revolución de Mayo" y "Generación del 37: Sarmiento y Alberdi" representan, sin lugar a dudas, uno de los momentos de síntesis conceptual más logrados de todo el libro. En el primer caso, a partir de las obras de Moreno *Representación de los labradores y hacendados* y *Escritos* se formula una minuciosa genealogía de las ideas y categorías que configuran las interpretaciones del abogado revolucionario. Una vez más, aquellos problemas más inmediatos como la legitimidad de la autoridad, la retroversión de la soberanía y el ideario republicano derivan en un vasto tratamiento de las fundamentales concepciones teóricas de la filosofía política, como el iusnaturalismo y el contractualismo. El apartado dedicado a la Generación del 37, el más largo de todo el libro, esboza una caracterización del ideario romántico y su particular incidencia en las latitudes rioplatenses, para luego bifurcarse en la exégesis de dos clásicos decimonónicos: el *Facundo* y las *Bases*. A partir de la dilucidación de la obra de Sarmiento, Terán puede explicitar una serie de precauciones básicas e indispensables para la interpretación de cualquier tipo de texto: por un lado, un determinado discurso estriba no en los criterios de verdad o falsedad, sino en las aristas y puntos de fuga que definen la arquitectura semántica de 'ese artefacto que es un texto'; por otro lado, es menester que la auscultación del pasado se lleve a cabo con cautela y premeditación para no incurrir en anacronismos, en la imposición extemporánea de saberes y circunstancias ajenos a los protagonistas de la historia. Estas advertencias, en tanto y en cuanto estamos ante un texto divulgativo, constituyen un dato no menor a tener en cuenta para una época y una sociedad que, perturbadas por los traumas de un pasado no lejano y enardecidas por un presente tumultuoso, invocan infatigablemente las voces de los muertos. Como contrapunto al pensamiento liberal de Sarmiento se glosa minuciosamente la propuesta de Juan Bautista Alberdi. Este apartado abreva, con seguridad, de investigaciones a las que Terán se había abocado con anterioridad –*Las palabras ausentes. Para leer los póstumos de Alberdi*–, manifestando, consecuentemente, un grado más alto de abstracción y especificidad en las explicaciones.

Casi inmediatamente después de que los procesos de modernización decimonónica influyan drásticamente e irreversiblemente sobre las esferas sociales, económicas y políticas, se vislumbran los primeros signos de malestar e incomodidad en ciertos sectores políticos e intelectuales. En la cuarta lección se revisan, entonces, las estrategias que esgrime cierta parte de la clase dirigente por mor de la salvaguarda de potestades seriamente amenazadas por fenómenos como la

inmigración, el afán mercantilista y el vertiginoso ascenso social imperante alrededor de 1880. De la pluralidad de voces de ‘escritores *gentlemen*’, como dijera David Viñas², que denuncia distintos aspectos de esta apremiante circunstancia –Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, Paul Groussac, Miguel Cané (h), José Antonio Wilde, Vicente Fidel López, entre muchos otros–, la de Cané es la escogida para esbozar la idiosincrasia del lamento tradicionalista conservador.

La preocupación por los efectos no queridos de la modernidad se hace extensiva a la siguiente lección. En “El positivismo: José María Ramos Mejía y José Ingenieros”, se revela cómo la plena adhesión y ciega confianza en la capacidad científica son extrapoladas al ámbito de lo social. La perturbante presencia de la ‘multitud’, su comportamiento ‘egoísta y codicioso’, dan pie a una revalorización del mundo rural gaucho y caudillista del pasado, en tanto y en cuanto, son también las clases dirigentes de fines del siglo XIX las que han perdido el norte. La figura de Ingenieros, por su parte, representa a uno de los primeros intelectuales en el sentido moderno del término, en la medida en que adquiere su legitimidad, no merced a la alta alcurnia y noble prosapia –tal el caso de Cané o Ramos Mejía–, sino única y exclusivamente por sus destrezas, saberes y prácticas letradas. Es en este sentido que Terán introduce las ‘veleidades objetivistas’ del quehacer científico de Ingenieros, además de sus muy fervientes apoyos a aquellos conservadores reformistas como Joaquín V. González.

La incipiente autonomización de las diversas esferas del saber intelectual y, más precisamente, de los discursos y prácticas estético-literarias se perpetúa hacia la sexta lección, donde se esbozan las condiciones de emergencia, ya no a nivel nacional sino latinoamericano, del modernismo cultural. Los elementos definitorios del movimiento literario coadyuvan a la caracterización del *fin de siècle*, época signada por el decadentismo, la incertidumbre y el hastío del utilitarismo, el pragmatismo, el cálculo y el cientificismo de raigambre positivista, algunos de los valores más caros a la modernidad. Como contrapartida, el modernismo se erige sobre un elitismo esteticista que postula un mensaje cosmopolita de cultivo del arte por el arte. Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y Joaquín V. González son los tres personajes que en esta lección definen, por un lado, una nueva estructura de sensibilidad acorde a esta ‘primera crisis de la modernidad’ y, por el otro, una profunda polémica en torno a la identidad nacional en vísperas del Centenario. Vale la pena, no obstante, advertir sobre la desilusión que puede asaltar al lector que anhela justicia para Ricardo Rojas: al margen de alguna referencia a *La restauración Nacionalista*, son escasas las líneas dedicadas a la pluma enérgica del autor de *Eurindia* y *Blasón de Plata*.

Acontecimientos decisivos como la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa configuran un auténtico quiebre civilizatorio, pero también los hay de índole local, como el ascenso del yrigoyenismo y el eclipsamiento del poder político de los grupos conservadores, la Reforma Universitaria de 1918, en resumen, factores todos que contribuyen al agotamiento general del liberalismo y las formas de representación parlamentaria. La necesidad de una nueva jefatura política y moral se dilucida en la séptima lección, protagonizada nuevamente por Lugones e Ingenieros, pero con interesantes papeles de reparto para Ortega y Gasset y Alejandro Korn.

El contundente trastrocamiento que significó la crisis de 1930 no sólo para las instituciones económicas, sino también para aquellas de índole política, social y cultural de todos los estados nacionales capitalistas, significa un parteaguas en la historia argentina moderna. En “La cultura intelectual en la década de 1930” se desarrollan tres de las intervenciones más importantes de las que fueron esgrimidas como respuestas a la crisis: el revisionismo histórico de los

² Viñas David, *La crisis de la ciudad liberal*, Bs As, Ediciones Siglo Veinte, 1973.

hermanos Irazusta, el grupo Sur (con especial énfasis en el poeta Ezequiel Martínez Estrada) y la versión de la izquierda argentina, sobre todo el caso de Aníbal Norberto Ponce.

El ocaso de un modelo de desarrollo nacional hacia 1930 se condice, además, con cierto languidecimiento de la dinámica misma del libro de Terán. En efecto, las dos últimas lecciones – “Rasgos de la cultura durante el primer peronismo” y “Violencia política, terrorismo estatal y cultura” – presentan una extensión relativamente más acotada que las anteriores y un no tan acentuado rigor analítico. En su defensa, el autor esgrime una serie de estocadas que aluden, por un lado, a su mayor manejo de los temas precedentes (recuérdese la obra sobre Alberdi ya citada y además *José Ingenieros: pensar la nación*), pero por otro, a la cercanía del pasado que es objeto de estudio en la novena y décima lección. Es que la segunda mitad del siglo XX coincide con la vida del propio Oscar Terán, por lo que los juicios elaborados acerca de este período pueden encontrarse relacionados, de alguna manera, con las vicisitudes y el devenir histórico del autor mismo. El noveno apartado ausculta mucho menos que los anteriores los procesos y acontecimientos del período, para abocarse mucho más estrictamente a la dinámica del campo intelectual. No obstante, el análisis de nuevos horizontes teóricos, tal el caso del existencialismo sartreano, opera como plataforma para introducir fenómenos incipientes de modernización disciplinar en la historia, la crítica literaria y la sociología, y resolver, luego de 1955, la acuciante necesidad de repensar el ‘hecho peronista’. En la última lección incide directa y decisivamente la sensibilidad más íntima del autor, cuyas ‘afirmaciones entre horrorizadas y melancólicas’ (sic) se proponen explicar los procesos de modernización y radicalización, la política como eje rector de la práctica intelectual y del mundo académico, pero también como aliciente de la violencia. Sin embargo, lo más valioso de estas afectadas líneas es la recurrente apelación al recurso del sentido, los ‘por qué’ y ‘para qué’ de una interrogación que insiste y horada un orden pretérito traumático y nefasto. Porque el vacío de sentido, asevera Terán, implica vulnerabilidad e indefensión frente a la insidia de lo arbitrario.

Al comienzo de *Historia de las ideas...* se advierte muy someramente acerca de que el objeto de estudio de la obra está constituido estrictamente por las *representaciones intelectuales* de la nación y la sociedad. Ahora bien, las representaciones son ante todo discursos y, dado que éste es un libro de filosofía pero (a su manera) también lo es de historia –la cual se nutre no sólo de discursos sino además de prácticas–, debe recordarse que el universo simbólico que estructura el comportamiento de los protagonistas de la historia jamás se reduce a las formulaciones de la intelectualidad, sino que se abre en un amplio espectro diversificado en cada parcialidad social: las representaciones en torno a la identidad de una nación, su pasado y su porvenir como sociedad no son elaboración, ni mucho menos, propiedad exclusiva de aquéllos que gozan del acceso a las posiciones y destrezas letradas.

Si tenemos esto presente, apreciaremos en doble medida la vocación pedagógica que, más allá del ámbito académico, define obra y vida de Oscar Terán.

Palabras clave: historia argentina, representaciones, identidad nacional, pasado nacional.
Key words: argentinian history, representations, national identity, national past.